

**Riverita**  
Paco Sanguino

# 1

## *Final*

*Vestuario. Sentado sobre un banco corrido, peinado con una raya perfecta al lado derecho y elegantemente vestido (camisa blanca, pantalones gris oscuro y corbata), Riverita, medio centro, se enciende un cigarrillo. A su lado, la camiseta azul con el seis cosido, el pantalón corto, las medias, las espinilleras, las botas... Riverita guarda el peine que acaba de utilizar en el bolsillo interior de la chaqueta.*

Yo, en realidad, no soy jugador de fútbol. No soy un jugador de fútbol solvente, contrastado, seguro, popular, intransferible, querido, en su mejor etapa, que se deja la piel en cada partido. Yo en realidad soy agente de seguros.

Yo trabajo como agente de seguros en una pequeña oficina de una pequeña empresa y gano algo más de ciento veinte al mes en lugar de doscientos cincuenta millones al año más primas.

Y como agente de seguros, tampoco soy nada del otro mundo.

Esta es la tercera agencia donde trabajo. Antes ganaba más, pero la empresa quebró y fuimos todos a la calle. Fue absorbida, nos dijeron. Entonces yo era más feliz. Incluso gastaba parte de mi sueldo en ir al fútbol y traicionaba a mi equipo colocándole un dos en la quiniela cada vez que jugábamos en casa. Proyectaba viajes por incentivos, salía a cenar los jueves con los compañeros, tenía una vida.

Cada mañana al levantarme, me lo repito: "Riverita, tú en realidad no eres un medio centro inteligente, rápido, un gran circulador del balón. No levantas al equipo cuando os veis con un gol en contra ni eres el revulsivo que se necesita para dar la vuelta al marcador. Tu camiseta no lleva un seis a la espalda. Ni siquiera tienes camiseta. No vas a ser convocado nunca para el combinado nacional, ni los niños coleccionarán jamás tu estampa para sus

álbumes de fútbol. Riverita, tú lo que eres es un agente de seguros, lisa y llanamente un agente de seguros: Ramón Rivera Giribet, agente de seguros. Yo soy así: me miento. Aféitate, dúchate, agarra ese maletín, sal de casa, ve a trabajar. Convéncete y convence al vecino que eres el agente con la mejor póliza de seguros en el bolsillo. Sal de casa, besa a tu mujer y a tus dos hijas que aún están durmiendo, Riverita. Convence al vecino de que su póliza es un asco, la peor, la más cara. Eres el número uno de los agentes de seguros, un *crack*, pero no uno de los futbolistas más grandes que ha dado este país.

¿Y todo por qué? Todo por culpa de Punzano.

## 2

### *El gol de Müller*

Yo lo único que no quería es que me pasara como a mi padre. Mi padre, el día que se enteró de que tenía un cáncer, se subió a un taburete y se tiró por la ventana. Luego, resultó que ni era cáncer.

Eso dicen, porque yo no lo viví. Yo era muy pequeño. Apenas cumplidos dos años. A mí me lo contó mi abuelo, sentado en el mismo taburete donde mi padre se había subido para morir. "Tú entonces no levantabas un palmo del suelo y a tu padre ya se lo habían comido los gusanos", decía mi abuelo. Y yo hacía como si no me enterara; seguía dándole patadas a la pelota de goma, a la espera de que un mal toque diera con ella en el plato de patatas recién peladas o en el de lentejas a remojo, lo abatiera y arruinara así la labor diaria de mi madre.

*Riverita se saca un pequeño teléfono portátil del bolsillo interior de la cartera y llama.*

Escucha, Nelson: estoy pensando que mejor una temporada más... Bueno, si no lo quieren aceptar, es su problema... Ya, ya sé que pagan la rescisión; todo el mundo paga la rescisión, Nelson. (*se mira en el espejo y se atusa las sienes*) Por Álvaro pagaron mil quinientos, por Rodrigo mil doscientos cincuenta, por Balaguer mil setecientos... ¿Sigo?.. Pues si los tenemos en el bote, es mejor rematar. Cuatro temporadas, Nelson.

*Riverita desconecta.*

Pero a pesar de eso, mi abuelo no era mal tío. Eso sí, era un franquista convencido. El día que empatamos a uno con la RFA, se dispuso a hacer lo que estuviera en sus manos para que fusilaran a los once jugadores más los suplentes, el entrenador y el comentarista del encuentro. Tenía un amigo en Gobernación, Rebollo, un tipo al que le faltaba media nariz por el disparo de

un republicano, y estuvo dándole la paliza para que hablara con no sé quién que había sido alguien importante en el Movimiento no hacía mucho. Estuvieron de reuniones mi abuelo, el tal Rebollo y otro que se venía desde su pueblo en tren, firmaron no sé cuántas cartas y las enviaron, pero mi abuelo no consiguió nada. Una mañana, mi madre le entregó un sobre del Ministerio donde se excusaban de cualquier tipo de actuación. Desde aquel día, mi abuelo se negó para siempre a ver un partido de fútbol, y mucho menos asistir. De todos modos, mi abuelo siempre se portó bien conmigo. Se portó como lo hubiera hecho cualquier padre.

### 3

#### *Mariano Ozores*

Pero yo estoy convencido de que la verdadera razón del suicidio de mi padre no fue ese diagnóstico de cáncer. Mi padre era imbécil, pero no para tanto. Lo cierto es que desde que Lindon Johnson había ocupado la presidencia de los Estados Unidos, mi padre no había levantado cabeza. Había mantenido la esperanza en lo más alto con la firma de los tratados entre los generales Eisenhower y Franco, pero, transcurrido un tiempo, mi padre se fue convenciendo paulatinamente de que su sueño habría de morir irremisiblemente: él nunca protagonizaría un *western*.

Mi padre era de un pueblo de Almería. Había venido a la capital con el sueño de convertirse en Mario Cabré. No lo consiguió. Conoció aquí a mi madre. Ambos se casaron y se fueron a vivir a casa de mi abuelo, el padre de mi madre, un jubilado de la red ferroviaria. Durante años intentó e intentó conseguir un papel en una película. Mi madre siempre dice que en una ocasión estuvo muy cerca: entró en un restaurante y se cruzó con Mariano Ozores. Al final, se cansó de tantos despachos y visitas y se colocó de conserje en un colegio público. Trataba muy bien a los niños y se encargaba de montar la obra fin de curso. Lo despidieron. Luego, estuvo trabajando un tiempo como agente de seguros. Y fue sólo un tiempo porque un año después se subió al taburete.

Yo a veces me acuerdo de mi padre. Digo que me acuerdo porque me he hecho una imagen mental de él. En una ocasión se me apareció al pie de la cama sonriendo. Iba vestido con un traje de piel de puma con flecos en las mangas. Le llamé, pero se subió a un caballo negro con pintas blancas y no se giró ni tan siquiera para decirme adiós. Me dio la espalda y se fue cabalgando hacia unas montañas nevadas, muy lejanas.

***Como dicen los libros: fuerte y colocado***

*Riverita abre su taquilla y saca una foto. Se dirige hacia el balón y lo levanta con la punta del pie sin quitar la vista de la foto que ha tomado. Un toque, dos, tres...*

Lo recuerdo como si fuera hoy: un disparo del flaco rubio con el cinco que nuestro portero rechaza con el estómago *in extremis*. La pelota viene botando hacia mí y la paro en seco. Quedan pocos segundos, quizá una única jugada. Sé que si no salgo de allí con la pelota pegada a los pies como una madre y su cría, nada nos libraré del empate: cuatro a cuatro con los de La Florida Sur. He de ser yo si es que los de azul (Pastor, Quesada, Ripoll, Berenguer y Riverita) queremos ganar esa final que se nos ha puesto como un hueso de pollo en la garganta. Y todo, en una fracción de segundo.

Con el primer toque salgo de una pierna del último atacante de ellos. Una jeringa clavada directamente en mi autoestima. Quesada me la pide enloquecido abriéndose por la banda izquierda. Eso despista a su defensa y yo me inclino hacia la otra banda. Fuera de uno, fuera de otro. Esto huele a gol en el último minuto, en la última jugada. Puede ser la gloria, los abrazos, el liderazgo... No hay tiempo. Paro y cambio de pierna: ahora la pelota gira mansamente ante mi zapatilla izquierda, pego con todo el empeine con un ligero efecto a un lado y... Poste. El balón sale fuera. Lo coge el cura. Fin de partido.

Cuando salí del vestuario, un tipo bajito, con unos pantalones recién planchados y un polo con un cocodrilo con el rabo hacia abajo me entrega su mano peluda y se presenta. Enhorabuena. ¿Por qué? Por el partido. No hemos ganado. Me he fijado en ti. Me llamo Punzano. El tipo me da una ligera bofetada y me entrega su tarjeta. Luis Punzano Padilla, entrenador de infantiles y juveniles. Lástima lo del poste, dice. Pásate por los billares de la

calle Doctor Otero, demanda. Me han encargado seleccionar un equipo para disputar un torneo en Mallorca, asegura. El lunes a las seis y media.

*Riverita vuelve a guardar la foto de nuevo en la taquilla como quien echa un papel inservible a la papelera.*

## 5

### *Cara muerto*

*Riverita mira el reloj. Toma el teléfono portátil y llama.*

¿Qué sabes?... ¿Cómo? Nació hijo de puta y morirá hijo de puta. Como se me caliente el bocado llamo a Segura y le cuento lo del asunto con Esteban. Mañana se muere si lo ve en los en los periódicos... Nada de bajar, lo pactado o me marchó a Sevilla, ¿qué hizo con Álvaro si no? ¿Y con Rodrigo? ¿Y con Alberola? Y míralo ahora a Alberola, en segunda b... Ya lo sé, ése está peor de la cabeza, pero si le hago escoger entre pegarle un tiro a su hija o firmar las cuatro temporadas, se lo pega entre ojo y ojo a la pobre... No, no he llamado a mi madre, ¿cuándo sale del hospital?... Ya. Está muy mayor, la pobre... Sí, sí, iré a verla, Nelson, iré a verla, claro.

*Riverita desconecta.*

La pobre de mi madre la va a palmar antes de ir a Mallorca, se va a quedar con las ganas. Por eso a mi madre le pareció muy bien que yo sí fuera. Ella siempre había deseado ir a Mallorca, pero mi padre se pasó la vida dándole largas. En una ocasión fueron a la costa, creo que a Torrevieja, pero se volvieron a los pocos días porque no dejaba de llover y a mi padre le habían robado las quinientas pesetas que llevaba. Mi madre dice que mi padre siempre fue un desgracias. Pero lo dice con cariño, como si en el fondo de alguna parte ella pensara que lo mejor que le pasó a mi padre fue lo que le pasó.

Mi abuelo, perro viejo, se fió menos del asunto. ¿Punzano? ¿Punzano qué más? ¿Entrenador de qué? Ese tío es maricón.

Mi abuelo pensaba que todos los adultos que perdían más de cinco minutos de su tiempo con los niños eran maricones. Con absoluta certeza.

Eso sucedió cuando yo tenía once o doce años. El Cara Muerto (que así le llamaban al tal Luis Punzano Padilla) era un tipo que siempre estaba en los billares. Todos los que iban allí al salir de la escuela o los domingos a las cinco se sabían de memoria su nombre, y yo me lo empecé a aprender el día que fui a esos billares por primera vez, esperando formar parte del equipo seleccionado de los mejores chavales de La Florida Norte. Cada vez que le llamaban Cara Muerto, se giraba y lo soltaba como un *padre nuestro*: "Luis Punzano Padilla" y sacaba su tarjeta como si se tratara de un teniente de policía. De ahí conformaba sus equipos y los hacía entrenar en un pequeño campo de baloncesto de una Sociedad Deportiva del barrio. Juanito, el dueño del billar, se reía tanto de él que tenía que sacarse el palillo de la boca porque se atragantaba de la risa y parecía que iba a sufrir una hemorragia interna y masiva. Juanito siempre llevaba en la boca el mismo palillo.

El tal Cara Muerto era un tipo muy moreno, con un bigotito pegado al labio superior que parecía iba a caérsele de un momento a otro de pura debilidad. Siempre llevaba un traje gris y se pasaba la vida subiéndose el pantalón: nunca llevaba correa. Solía gastarse su dinero en la barra, pero también le gustaba jugar al billar americano, aunque era un auténtico inútil. Cuando se cansaba, se apoyaba en nuestras máquinas *pin-ball* con los brazos cruzados y miraba el recorrido de la bolita cromada como si fuera un perro persiguiendo a una mosca, o nos animaba y se lamentaba de nuestra mala suerte. En ocasiones, cuando hacíamos una mala jugada y perdíamos la bola entre los *sticks*, nos echaba un duro y guiñaba un ojo. Luego, daba dos palmadas y nos íbamos a entrenar.

Pero lo del viaje a Mallorca se iba demorando. Llegó el verano y dijo que había que seguir entrenando, es lo que hacían los rusos, por eso ellos siempre nos pillaban a contrapelo en los torneos internacionales. Punzano daba un silbido con dos dedos en forma de calamar a la romana, se subía los pantalones, sacaba su pañuelo, se sentaba sobre él y se quedaba las dos horas, dos horas y media que duraban nuestros partidos. Luego, cuando íbamos a las duchas, se metía con nosotros para comentar cuestiones tácticas y técnicas a

corregir y volver a ensayar el siguiente miércoles. Pero él nunca venía con zapatillas y pantalón, él nunca jugaba, ni siquiera de portero.

Así estuvimos hasta mediados de octubre. Una tarde de lunes nos quedamos esperando en los billares y Punzano no apareció. Nos fuimos a la cancha de baloncesto y comenzamos a dar un toque, un rondo, una pachanga... Pero nada. Tampoco apareció Rives. Nos cansamos de esperar y nos fuimos al vestuario. En las duchas, Pellín comentó cuál - según él - era el motivo de la ausencia del entrenador y de Rives: había oído por ahí que Punzano había recibido el sábado una paliza en el portal de su casa, justo antes de entrar. Luego comentó que por eso tampoco había venido Rives, ni vendría nunca más. Todos preguntamos si era Rives el que le había pegado la paliza y qué posibles motivos habría de tener Rives para cometer tal extravagante acción. Pellín soltó una carcajada. No era Rives el que le había pegado la paliza. Era el padre de Rives y los padres de Fuentes y Lillo, dos chicos que no jugaban en nuestro combinado desde la temporada anterior. Todos sabíamos que Punzano no contaba con ellos por motivos tácticos, por lo menos es lo que decían los demás. Pellín soltó una carcajada aún mayor. Fuentes y Lillo, como Rives, ya no estaban porque Punzano les tocaba en los billares y se metía con ellos en las duchas, por eso no estaban y no por cualquier otra estúpida razón.

Todos nos quedamos boquiabiertos. Pellín se sintió dueño y señor de la situación (al fin y al cabo era el portero y ya se sabe qué pasa con los porteros). Nos pidió que no pusiéramos esa cara de inocentes. Desde hacía mucho que todos los del equipo sabían, al menos, de la costumbre de los billares. Ahí no pude aguantarme. ¿Qué costumbre? ¿Es que a ti no te lo ha hecho? Me preguntó Quesada mientras se secaba el pelo violentamente con la toalla. ¿El qué? Pregunté yo. ¿Es que no te lo ha hecho? Yo me quedé callado. Entonces fue cuando me lo contaron todo.

*Suena el teléfono. Riverita lo saca del bolsillo y contesta.*

¿Qué?... Ah, ¿eres tú, Luisa?... Ya, ya sé que está mal, me lo ha dicho mi agente, pero no he podido llamar, estoy muy ocupado ahora, estoy a punto de

firmar cuatro temporadas con uno de los grandes, Luisa, y... Vamos, vamos, Luisa, mamá no se va a morir, no se va a morir hoy por lo menos. Aún tengo tiempo de... Las mujeres, de verdad, sois unas histéricas... Te he dicho que en este momento no puedo, estoy esperando una llamada y salgo volando a Barcelona... Mira, Luisa, pásamela... ¿A quién? A mamá, mujer... O le quitas el tubito y me la pasas o me largo a Barcelona sin verla, ya está bien de tonterías, por Dios... (*Riverita se levanta nervioso y camina*) ¿Mamá?... ¿Mamá?... Mamá, habla un poco más fuerte, por favor, que parece que te estés muriendo... Sí, estoy bien, estoy bien... No, en el campo... No, mamá, Blanca y yo nos separamos hace un año... Sí, sí, iba muy guapo, sí... Sí, una boda estupenda... Bueno, mamá, ¿qué coño te pasa?... ¿En el pecho? Ya... Sí, sé lo que es, acuérdate de la patada que me dieron aquella vez, yo también sé qué es quedarte sin respiración una tarde entera... Lo que tienes que hacer es comer, no des la paliza a los médicos y come... No, mamá, no puedo. Iré a tu casa, no pienso ir a un hospital... Sí, ya sé que tú viniste cuando lo del menisco, pero precisamente por eso yo los odio, mamá... Si te quedaste a dormir en la butaca fue porque te dio la gana, mamá, no me lo echas en cara ahora... (*Riverita se agarra la nariz con índice y pulgar, luego se aleja el aparato de la oreja un momento*) Bueno, mamá, no puedo seguir hablando, me reclaman (*da dos golpes con el puño en una taquilla*) ¡Ya voy! (*A su madre*) Ponte buena, mamá, que no es para tanto, ponte buena y come. Y no le chilles más a Luisa... Adiós, adiós, un beso, adiós.

*Riverita desconecta.*

Total, que me enteré que Punzano se colocaba detrás de los chicos cuando estaban jugando al *pin-ball*, agarraba con una mano uno de los pulsadores, y metía la otra mano por debajo del pantalón para magrearlos un buen rato. Si en ese momento se le escapaba a uno la bola, él echaba de nuevo un duro a la máquina, así se aseguraba el toqueteo durante un poco más. Así lo contó Pellín. Otros lo corroboraron. Se lo había hecho a Rives, a Lozano, a Maruenda, a Quiles, a Pellín también. Yo dije que a mí no me lo había hecho.

Tampoco se lo había hecho a Ruano y a Mario. Acabé de vestirme y me marché.

Estuve pensando durante un tiempo sobre eso. No sabía si creerlo. El caso es que podía ser verdad, lo habían dicho tan seguros... Pero, por otro lado, eran todos muy cabrones, ¿y si era una táctica para enfrentarme contra el entrenador y obligarme a abandonar el equipo? Al fin y al cabo, Rives era también el mejor y todos sabían que yo estaba ocupando su lugar en el campo ahora. Estaba claro: querían hacer conmigo lo mismo que habían hecho con Rives: acabar con él. Todo era producto de la peor envidia futbolística.

Decidí entonces que no abandonaría y al día siguiente volví a los billares y al campo. Fue la única vez después de lo de la RFA que mi abuelo me acompañó hasta la puerta y me preguntó si estaba bien y si seguía entrenando. Punzano no apareció tampoco ese día por allí. Yo seguí volviendo a ir toda la semana. Punzano apareció el jueves con un ojo amoratado y el brazo en cabestrillo. Los chicos ignoraron su estado físico, yo también. Pensé que, si era cierto todo lo que habían contado sobre Punzano, ¿por qué se esforzaban en seguir entrenando y hacer como si nada? No podía ser cierto, y si lo era, quería decir que para ellos, como para todo el universo, el fútbol es lo más importante, lo más importante sobre el resto de todas las cosas.

## 6

### *Cynar*

*Riverita se queda mirando un instante al suelo. Se enciende otro cigarrillo. Saca el teléfono portátil y lo deja sobre el banco. Parece que algo le ha entristecido.*

Algunas semanas después, mi abuelo comenzó a sentir los primeros síntomas de su enfermedad, enfermedad que se agravó con una pulmonía (mi abuelo había salido unos sábados atrás con unos viejos colegas y había regresado empapado en sudor, frío y alcohol del peor). Se tenía que quedar en casa. Eso coincidió con que mi madre, por fin, encontró trabajo. Consiguió que la colocaran en el hospital psiquiátrico municipal. Mi hermana Luisa era muy pequeña y mi abuelo no podía cuidarla, así que tuve que quedarme en casa a cuidarlo yo. Punzano llamó por teléfono a los pocos días para enterarse de qué pasaba conmigo y mi madre le explicó el caso. Él dijo que podía ayudarnos, que tenía un hermano en un asilo y que podía obtener una plaza para mi abuelo. Le pidió a mi madre que yo siguiera entrenando unas semanas más por un campeonato, que él me recogería y recogería a mi hermana y nos llevaría al campo y luego de nuevo a casa y así una y otra vez y lo que hiciera falta, señora, que para eso estamos.

Yo me alegré, mi madre se alegró, pero mi abuelo, no. No sé si porque iba a echar de menos las lecturas de los western que aún conservábamos de mi padre y que yo había comenzado otra vez. Pensé que Punzano era el mejor tipo del mundo y que entendía que yo era el mejor jugador de su equipo, un medio centro insustituible.

Por fin se llevaron a mi abuelo al asilo. Todo volvió a la normalidad, mi madre trabajaba feliz, mi hermana se quedaba todas las tardes en casa de una vecina, y mi abuelo, eso sí, era el único que se sentía todavía mal, no sabemos si por la pulmonía o por la soledad. Yo seguía entrenando y habíamos

conseguido entrar por primera vez en un torneo regional. Las cosas iban viento en popa. Una tarde, después del entrenamiento, Punzano me dijo que me llevaría a casa. Nos subimos en su seiscientos, pero no se dirigió a mi casa, sino a la de él. Allí dijo que se iba a duchar, que yo preparara unos cubatas, si quería. Y allí me vi, preparando unos cubatas mientras Punzano salía con la toalla, restregándose por todo el cuerpo más que secándose. Dijo que nos sentáramos y que viéramos la televisión un rato, acababa de comprarse un televisor en color. Nos sentamos y estuvimos un rato así. Yo miraba la tele, pero también el reflejo en ella de mi imagen con un cubata en la mano y la de Punzano envuelto en una toalla. Y en ese reflejo vi cómo Punzano se pasaba el cubata de la mano izquierda a la derecha, vi cómo después levantaba el brazo, lo pasaba por detrás del sofá y dejaba caer su mano suavemente sobre mi hombro. Un instante después, miré el cenicero de Cynar que había sobre la mesita, lo agarré y le dije: "Punzano, como no me quites la mano de encima, cojo este cenicero y lo estrello contra el televisor en color que te acabas de comprar".

*Amistoso en Austria*

La verdad es que no me acuerdo si lo dije o no lo dije, o si lo dije pero no lo hice. De eso hace mucho tiempo. Yo tenía once o doce años. No me acuerdo de demasiadas cosas y tampoco con claridad. Sólo sé que gracias a jugar con aquel tipo, me llamaron de un equipo juvenil de segunda, y luego de otro de primera, y luego de otro y de otro, hasta que conseguí hacerme un futbolista de verdad y jugar en primera división, en dos finales de la Copa y una de la Recopa. Así hasta hoy. De aquella época sólo me acuerdo un poco de Punzano y su brazo en cabestrillo, y del día del entierro de mi abuelo, cuando mi hermana me confesó que lo habían visto una noche en compañía de otros y dándose de hostias con alguien en un portal. Mi hermana siempre pensó que era un lío de faldas y le hizo gracia saberlo en su entierro. Yo siempre supe que no era un lío de faldas. Ese fue siempre el secreto de mi abuelo, como lo es el mío ahora.

*Llaman al móvil. Riverita lo toma.*

Hola, ¿qué tal?... Sí, sí, sé que ha estado en el campo... Bueno, pues le tuteo, cómo no... Muchas gracias... Sí, nos ha costado, pero ya casi está atado, ya sabes, los flecos de siempre... Cuatro temporadas... Es casi seguro. ¿Cómo? ¿Qué? Me encantaría... ¿En dónde? Austria... Estupendo... No, no ahora mismo salía, estaba.. estaba con... un amigo: Punzano.... No, no lo conoces. Estábamos hablando del fútbol, de la vida y de todo, ya sabes... *(Riverita se coloca la americana, toma la bolsa de deportes)* Cómo no, el fútbol. De acuerdo... muy bien... muy bien... Adiós, adiós.

Por esa razón, a veces me pregunto qué hubiera hecho de no seguir entrenando con Punzano. Seguramente habría acabado como mi padre, tirándome desde un taburete. Por esa razón, a veces intento convencerme de que yo no soy yo. Me miento. Me digo que soy agente de seguros, me invento

una vida. Incluso, en ocasiones, cuando alguien me reconoce por la calle, en un restaurante o en una discoteca, les digo que se confunden, que yo no soy Ramón Riverita, ese magnífico medio centro que Dios le ha dado a su equipo, que en realidad no soy más que un vendedor de seguros, no un futbolista experto, resolutivo, a punto de que le llamen para disputar con la selección nacional el próximo compromiso en Atenas, o Bélgica. En ocasiones, llego a convencerles y pierden el interés por mí, me dejan de lado, me dan la espalda, me olvidan con un gesto de compasión. Al fin y al cabo, para ellos, como para todo el universo, el fútbol es lo más importante, lo más importante sobre todas las cosas.

*Riverita desconecta y se guarda el teléfono en el bolsillo interior de la americana. Se dirige a la puerta de salida, mira el vestuario vacío.*

*Apaga la luz.*